

En busca del mar

El último viaje de **José Luis Sampedro**, el amigo y el activista



JUAN CRUZ

elegancia». El hombre toma té, invita al protagonista a compartir un panecillo y cuenta su historia: «Vengo a Exeter todos los jueves. Cojo el tren por la mañana y vuelvo a casa poco antes del anochecer. Vengo a encontrarme con un joven. Hacemos cosas. Nadie está al tanto de esta faceta de mi vida». Bien, nada notable, de momento. Pero el desconocido profundiza: «Me gusta lo que hacemos. De lo contrario, no vendría hasta aquí, pero es que, además, me he encariñado con él. Me ofrece un vaso de agua al acabar, y a veces me habla. No domina demasiado el inglés. Creo que tuvo la polio de niño, y que por eso cojea a ratos». Y, por fin, tras una reflexión («Ese joven me conmueve. No hay palabras para expresar cuánto») la secuencia abre sus alas: «Suelo lamer sus zapatillas de deporte. Forma parte de nuestros juegos. Pero esta mañana me he dado cuenta de que una de ellas tiene un agujerito en un dedo». Entonces, al hombre cuya existencia Fry desconocía minutos antes se le quiebra la voz y añade: «Me gustaría comprarle otro par, pero no quisiera ofenderlo. Aun así, no soporito la idea de que vaya por la calle con un zapato agujereado. Se le mojará el pie. ¿Qué debo hacer?».

Es un relato dentro del relato, un afluente del río principal: otra cosa son cada uno de los encuentros. Pero, gracias a la exactitud del párrafo, a la precisión al exponer la pequeña tragedia, la duda de quien habla, el conjunto se enciende y la novela vuelve a enganchar. Nunca se insistirá bastante en la calidad de la página como el único modo de salvar y hacer que brille una narración.

El último viaje que hizo **José Luis Sampedro** fue en busca del mar, a Denia, poco antes de morir en Madrid.

El mar era su origen y su destino, su ambición y su salud. Iba a Tenerife con frecuencia, en busca del mar y de la amistad; allí había hecho grandes amistades, a las que volvía a frecuentar con la pasión tranquila con que se mantienen las buenas relaciones del corazón. No eran amistades del aspaviento y el relumbrón, y se mantuvieron así desde que él publicó su primer libro, **Congreso en Estocolmo**, hasta que recibió los galardones merecidos y los galardones académicos y obtuvo el más resonante de sus éxitos, **Octubre, octubre**, que arrastró todos los demás.

Allí, en Tenerife, lo esperaban siempre con los brazos abiertos, sin aspavientos, sus buenos amigos, **Alberto de Armas**, **Alonso Fernández**... Los que los vimos juntos una vez ya podemos contar cómo eran siempre esas reuniones: sosegadas, igualitarias, levemente políticas o abiertamente políticas; amigos ya veteranos, pero preocupados por la sociedad de la época, el franquismo más rancio, conspiraban en medio de la desolación buscándose juntos una esperanza.

De aquel período de la vida tengo algunos recuerdos muy sobresalientes del ejercicio común de la amistad, este sentimiento extraordinario. Cuando me pidieron que escribiera de ese factor en la vida de Sampedro pensé en el mar y en la amistad, en aquellos viajes a Tenerife en busca del mar y de los amigos y de sus viajes a Málaga, a Denia, su origen barcelonés, su vida en Tánger, siempre el mar como parte del horizonte de su pensamiento.

Pero me detuve, sobre todo, en un instante que es imborrable y que para mí es símbolo de esa actitud sencilla que Sampedro mantuvo cuando no era tan cono-



José Luis Sampedro.

cido y también cuando ya fue célebrimo. Resulta que ese amigo suyo y nuestro, Alberto de Armas, quizá la persona más generosa que conocimos, un médico respectabilísimo y un ciudadano de enorme

nobleza, tuvo que ser sometido a una operación de la vista, y era delicada. Durante el tiempo que duró su hospitalización, en Madrid, José Luis iba cada día a verlo, a contarle historias, a hacerle reír, a vivir con él como si le prestara los ojos esos días en que Alberto tenía que vivir boca abajo su incómoda convalecencia.

Luego conocí mejor a Sampedro, fui su editor y su amigo, lo traté con el afecto y la admiración que producían su obra y su actitud; lo vi escalar con tranquilidad y desapego la cucaña de la fama, hablé con él de ese espanto que les espera a aquellos vacuos que la persiguen tan sólo porque te hace conocido, y, en fin, lo vi ser un escritor y un académico, y desde hace muchos años también contemplé su arrojo civil.

Como ciudadano comprometido con su país y con la gente, como economista y como pensador, se manifestó contra las causas de la pobreza, contra la guerra cruel desatada también por España en Irak, se sumó a todas las iniciativas que tuvieran como objeto defender a los humildes de la rapiña de los poderosos, y al fin se unió en cuerpo y espíritu a los jóvenes del 15-M al grito de ¡Reaccional!, que fue el título de un libro colectivo que prolongó en España el ¡Indignaos! de Hessel.

Ese era Sampedro, el amigo y el activista; las dos cosas a la vez, y una tercera, el escritor, el prosista delicado y eficaz que recorrió todos los sentimientos, también el de la amistad, en una obra que no conoció respiro.

Pero en su alma estaban el viaje y el mar. Aquellos viajes a Tenerife desembocaron luego, con su mujer, la escritora **Olga Lucas**, en estancias más largas en la isla; luego vivió en Mijas, y recordando esos mares, cuando ya encontró que sonaba en su futuro la palabra fin, pidió ir a Denia, a ver el mar, a recobrar ese alieno que le daba la orilla. Ahí mejoró, me dicen, se sintió bien, y volvió a Madrid, a morir, tan lejos del mar.

El Savile de Wilde visto por el padre gráfico del gran Gafotas

1891 fue un año importante en la trayectoria creativa de **Oscar Wilde** (1854-1900): no sólo publicó **El retrato de Dorian Gray** sino también **El fantasma de Canterville** y **El crimen de Lord Arthur Savile**. Este último título, una novela corta que figura sin lugar a dudas entre lo más logrado de la producción wildeana, llega ahora al lector español en una muy sugerente edición ilustrada y en magnífica traducción de **Susana Carral**. Las ilustraciones de la historia del joven prometido a quien, al borde ya de la felicidad conyugal, la profecía de un quironomante hizo pasar días de gran desasosiego corren a cargo del madrileño **Emilio Urberuaga**, muy conocido del gran pú-

blico por ser el dibujante del sin par **Manolito Gafotas**.

Con esta entrega, **Rey Lear** añade un eslabón a su ya larga cadena de cuidadas ediciones de obras de Wilde. Entre las más recientes figura **Impresiones de Yanquilandia**, penetrantes piezas en las que narra las aventuras, algunas increíbles, vividas en el curso de los dos viajes que, en 1881 y 1883, hizo a EE UU. En paralelo, **Reino de Cordelia**, sello hermano de Lear, publica **Los amigos españoles de Wilde**, de José Esteban, relato de sus relaciones parisinas con Galdós, Darío, los Machado, Baroja, Sawa o Gómez de la Serna, volumen que incluye textos de algunos de ellos sobre Wilde.



El crimen de Lord Arthur Savile

OSCAR WILDE
Ilustraciones: EMILIO URBERUAGA
Traducción de Susana Carral
Rey Lear
80 páginas. 19,95



Una de las ilustraciones de Emilio Urberuaga.



Impresiones de Yanquilandia

OSCAR WILDE
Traducción de Susana Carral

Rey Lear
72 páginas. 9,80 euros